

El valor Humanista de la Arqueología

CONFERENCIAS CLASICAS MARTIN

—por—

RHIS CARPENTER

*Profesor de Arqueología clásica en Bryn Mawr College
Ex-director de la Escuela Americana de estudios clásicos en Atenas*

Traducido por Emilio Romero.

EL ACCESO A LA ARQUEOLOGIA

Se dice con frecuencia —en especial los alemanes— que Winckelmann fué el padre de la arqueología. Como todas esas generalizaciones epigramáticas, el dicho no resiste a un examen prolijo y sin embargo, debe su persistencia y popularidad a cierta medida de verdad innegable. Winckelmann no fué de ninguna manera el primer historiador moderno de arte ni el primero en mirar el arte críticamente más bien que emocionalmente. El Renacimiento había abierto el campo mucho tiempo antes que él. Es difícil encontrar en Winckelmann algún conocimiento específico que cualquier otro *literato* de arte anterior a él no haya poseído igualmente bien. Y con todo, Winckelmann abre indudablemente una nueva época marcada por un nuevo espíritu, un nuevo acceso a la antigüedad. Y en este acceso se halla la esencia del método arqueológico.

Este nuevo espíritu fué objetivo, positivista, materialista. En consecuencia, deliberadamente inimaginativo, en ciertas ocasiones aun

estúpido. A una persona de imaginación viva e inteligencia vigorosa le es difícil convertirse en un buen arqueólogo. Es esta una razón por la cual ha sido tan difícil formar arqueólogos entre los individuos de las razas latinas de la Europa de hoy. El cerebro latino (y levantino) deduce la conclusión antes de reunir las premisas: es por lo tanto demasiado inteligente para tener una mente arqueológica. El cerebro teutón, por el contrario, se siente contento al inspeccionar todas sus vallas antes de saltarlas. Está deseoso de reunir evidencias aunque jamás extraiga conclusión alguna. Y la mera reunión de evidencias fué la primera y más importante necesidad antes de que la arqueología deviniera útil y eficaz. Winckelmann fué un espléndido ejemplo del pausado temperamento teutónico sometido a prolongado contacto con las tradiciones humanistas versátiles y volubles de Italia. Y porque trajo al humanismo un espíritu septentrional de realismo materialista, de calma y prevención, de sincera actualidad a todas las cosas, personificó una actitud nueva hacia el arte. A nosotros, los del tiempo presente, nos parece sentimental en muchas de sus admiraciones y errado en muchas de sus deducciones; pero a través de la niebla del romanticismo y de los prejuicios de su tiempo, tenía el amor por todo lo efectivo, pasando sobre lo que era ficticio o que correspondía a la simple tradición. Y considerar lo efectivo en las cosas antiguas y apreciar lo efectivo más allá de todo lo demás, es el primer paso para convertirse en arqueólogo.

Winckelmann fué un arqueólogo, pero no un excavador. Sin embargo, en Herculano y Pompeya en 1762 presenció las excavaciones y quedó entusiasmado ante la riqueza del arte antiguo que podía recuperarse en esta forma. La excavación practicada en los siglos dieciocho y diecinueve no fué siempre muy diferente del saqueo de tumbas y robos organizados que ha tenido lugar en todos los tiempos. La humanidad ha excavado siempre para buscar tesoros: desde el alba de la civilización, cualquier cosa de valor que un hombre escondió o perdió, fué pronto recuperada por otro. De este modo cuando Corinto (Grecia) fué destruido por los romanos y después colonizado de nuevo por Italia por orden de Julio César, los recién llegados se dice que obtuvieron un ingreso considerable al saquear las antiguas tumbas griegas en busca de objetos que pudieran venderse en el mercado de Roma. Tan abundante y tan característico fué este botín, que se inventó un epíteto especial, *necrocorintio*, para designar los objetos que tenían esta procedencia. En los tiempos modernos las tum-

bas etruscas fueron saqueadas en la misma forma y los vasos griegos que ellas contenían fueron igualmente vendidos a ricos y esclarecidos coleccionistas de Italia, Inglaterra y demás países. Esto no es arqueología, aunque el pillaje puede algunas veces procurar importante y respetable material para los arqueólogos. Descubrir que las más hermosas de estas “urnas etruscas” como se les llama, eran en realidad vasos griegos importados por los etruscos, fué el primer paso de penetración dado por la arqueología en este dominio del robo comercializado. El siglo diecinueve logró determinar la fecha de estos diferentes vasos griegos con notable seguridad, y el siglo veinte llevó el método de la arqueología a tan notable perfección que hasta se identificaron los antiguos artistas que pintaron esos vasos, por las señales indicadoras de la ejecución personal y del estilo particular. Pero todo esto no era excavación arqueológica.

De la misma manera que Winckelmann ha sido apodado el padre de la arqueología, su compatriota Schliemann ha sido popularmente considerado el padre de la excavación arqueológica. Aún con menor justificación seguramente. Mucho antes, la Sociedad Inglesa de Dilettantis excavó en los sitios de los antiguos templos de Grecia y de Asia Menor con ningún otro propósito que el deseo de averiguar con mayor exactitud los detalles de las obras maestras de la arquitectura clásica. Schliemann, aunque encontró tesoros más negociables que los envíos de los Dilettantis, se inspiró en el mismo motivo de curiosidad intelectual. Cualquiera cosa que podamos pensar de los métodos técnicos de excavación de Schliemann, hay una diferencia esencial entre su búsqueda del oro de Príamo o de los reyes sepultados en Micenas y el acto pirático de un contemporáneo del Capitán Kidd que inquirió y buscó los secretos tesoros de esos temibles caballeros. En tanto que éste último buscaba sólo su provecho personal— piezas y barras de oro que sirvieron para enriquecerlo en el mercado del mundo—, Schliemann no hizo esfuerzo alguno para conservar para sí los maravillosos tesoros que había encontrado. El oro de Micenas está guardado en lugar seguro en el Museo Nacional de Atenas y el oro de Troya se halla en Berlín, y Schliemann murió contento, después de haber probado que Homero representaba historia al mismo tiempo que poesía y que las antiguas leyendas de la casa de Atreo se apoyaban en un hecho real. El haber hecho efectivo, por medio de la evidencia material concreta, lo que parecía un mito épico nacional, el haber con-

vertido los tiempos legendarios en objetivos y tangibles, el haber aplicado esta prueba más realista e inimaginativa a la antigüedad, tratando de indagar si se hallaba todavía bajo tierra en el mismo lugar — todo esto había de crear la arqueología.

Las perspectivas de Schliemann y sus métodos eran tampoco nuevos en el mundo. Ya he hecho mención de las expediciones científicas de la Sociedad Inglesa de Diletantis. Pero la más antigua excavación arqueológica tiene un *record* mucho más antiguo. Ya que el pasaje no es bien conocido, merece la transcripción. El escritor es Plutarco y el tiempo en que escribió fué algo después del año 100 de nuestra era, pero se supone que la escena ocurrió 500 años antes. Puesto que hay varias indicaciones de que Plutarco describe el contenido de una verdadera tumba, probablemente “micénica”, quizá uno de esos túmulos cercanos a Haliartos en el lado de la cuenca del Copai-co, cuyos restos son visibles hasta hoy, es difícil saber si Plutarco describe un acontecimiento contemporáneo o utiliza una antigua información.

“Deseaba ardientemente oír hablar (dice cierto Theocrito en la historia de Plutarco) del aspecto general y del contenido de la tumba de Alkmene cuando fué esta abierta.

Pheidolao replicó: No se encontró vestigio alguno de cuerpo, sino un brazalete de bronce de tamaño no muy grande, dos vasijas de tierra llenas de tierra petrificada y una tableta de bronce con letras de la más notable antigüedad, casi imposibles de leer aún cuando se lavó el bronce y quedaron perfectamente claras a la vista. El carácter de la escritura era único, no era griego, quizá más parecido al egipcio; por lo tanto Agesilao envió una copia al rey de Egipto con el pedido de mostrarla a los sacerdotes y ver si ellos podían entender algo”.

Un poco después la historia dice que el enviado espartano entregó los escritos a un gran sacerdote egipcio, quien “durante tres días de retraimiento buscó en los antiguos libros de todos los países del mundo” y finalmente anunció “que las letras anunciaban un concurso musical y que los caracteres provenían del alfabeto que estaba en uso cuando Proteo era rey, el que Herakles aprendió a usar”.

Aquí tenemos lo esencial de una investigación científica: la curiosidad intelectual que instiga la empresa; conciencia al reunir la evidencia material; inteligente escrutinio de los resultados, lo cual im-

plica el recurso a la autoridad establecida para su adecuada interpretación. Hasta encontramos en el gran sacerdote egipcio a ese fenómeno ultra-moderno (y sin embargo de todos los tiempos), el especialista con reputación, que inventa su información antes de admitir que no conoce el sujeto. (1).

Las campañas de Schliemann no marcaron ningún avance en el método de excavación que Plutarco describe. Para Schliemann la excavación fué mucho de lo que es hasta hoy para la mayoría del público— el proceso de extraer del suelo objetos valiosos, de preferencia oro, excavando la tierra con un pico y una azada. En una reciente y fantástica cinta cinematográfica, en la que se descubre la tumba de Jengis Khan, Hollywood ha batido un record describiendo que los arqueólogos de la expedición manejaban el pico y la azada ellos mismos; y estoy preparado a suponer que esta puede ser una noción muy difundida, a juzgar por un cierto doble sentido en las preguntas que a menudo se me dirigen cuando se trasluce que tomé parte en una excavación en Grecia. Para aquellos que participan de la ilusión de Hollywood y para otros mucho más engañados, el único valor de la tierra así removida por el excavador estriba en el amoroso cuidado con que ha prevenido que otros diversos bandoleros se hayan llevado el tesoro antes de que el arqueólogo entre a la escena. Claramente, en cuanto se sospecha la existencia de un tesoro, la mejor y única cosa por hacer con la tierra es extraerla y salir de ella tan pronto como sea posible. De este modo, Pompeya fué desenterrada hace algunas generaciones. A medida que el polvo y las cenizas de la erupción del Vesubio fueron removidas, emergieron las ruinas de las antiguas casas. Se instaló un ferrocarril de trocha angosta y una hilera de carros se movió incesantemente hacia el terreno. Todo lo valioso fué conservado y el resto extraído y echado en los carros. Cuando se sacaba de una casa toda la suciedad y los despojos, se consideraba terminada la excavación y los excavadores se trasladaban a la morada vecina.

¡En qué forma tan diferente continúan la larga tarea de descubrir Pompeya los arqueólogos italianos de hoy, bien adiestrados y admirablemente competentes!

En primer lugar, el cambio en la técnica de la excavación depende de la verificación de que la historia íntegra de un sitio puede es-

tar escondida, no bajo la tierra acumulada sobre este sitio, sino dentro de la misma tierra. En Pompeya, seguramente, no hay en todas partes mucha historia que indagar. La erupción del Vesubio en el año 79 después de Cristo puso un repentino fin a la vida de una pequeña y próspera ciudad, entre cuyas casas muy pocas tenían más de cien años de existencia. Aún así, la tierra y cenizas que se encuentra sobre el suelo, cimientos, patios y calles conservan muchos *records* que las anteriores generaciones no habían aprendido a leer. Remover la tierra es destruir estos *records*. Es un dicho popular entre los arqueólogos de hoy, que excavar un local es destruirlo; y uno de los factores que los inclina más hacia la infinita paciencia y al método comprensivo es la comprobación de que queman el libro de la historia, página por página, a medida que lo leen.

Las secciones de Pompeya que fueron desenterradas primero, muestran casi por todas partes sólo el piso bajo de las casas, mientras que la cuarta parte excavada recientemente, en los llamados *scavi nuovi*, es notable por sus estructuras de dos pisos. Se puede asegurar que una buena parte del material con que están construídas estas partes superiores, es por completo moderno y ha sido intercalado por los mismos excavadores. Sin embargo una antigua viga de madera no pudo quemarse y carbonizarse sin dejar sus huellas de carbón y sus dimensiones ni los techos quebrarse y caer salvo cuando lo imponían los preceptos universales de la gravitación. Las cenizas ardientes del Vesubio debieron destruir instantáneamente los pequeñísimos jardines y las macetas con flores de los patios; pero cada planta conserva su específico crecimiento de raíces en disposición y forma características, de manera que el botánico moderno puede con frecuencia identificar el arbusto o planta que crecía en el año 79 después de Cristo, y una visita al florista o a una ladera cercana puede hacer que el jardín destruído hace dos mil años florezca una vez más en 1933. Estos jardines resucitados de Pompeya pueden tomarse como un símbolo de la nueva arqueología.

En Corinto, la Escuela Americana de Estudios Clásicos, ha descubierto recientemente los restos de un pequeño teatro del tipo conocido en la antigüedad como un *odeón* o lugar de recitación. Un antiguo escritor, Philostrato, se refiere a esta estructura y lo indu-

ce a uno a suponer que fué erigido en el período antonino gracias a la munificencia de Herodes Atico, quien edificó el teatro cubierto en la ladera sudoccidental del Acrópolis de Atenas. Pero el proceso de remover la tierra y los despojos que se habían acumulado sobre las ruinas del odeón de Corinto referían una historia diferente. En torno de la parte posterior del edificio, más abajo de las hileras superiores de asientos, sigue un corredor monumentalmente sólido con techo abovedado de concreto y el suelo y cimientos, en parte moldeados con concreto y en parte con piedra picada. Para moldear y colocar estas, los constructores abrieron originalmente zanjas en el suelo y al examinar los excavadores este suelo, encontraron que contenía una acumulación de tejas del período de Augusto, pero nada de la segunda centuria después de Cristo. Y cuando el edificio original quedó listo, los antiguos constructores lo rellenaron alrededor de sus cimientos; pero asimismo este relleno mostraba restos del primer siglo, pero nada del segundo. Fué por lo tanto inevitable la deducción de que el odeón de Corinto, a pesar del relato de Philostrato, fué erigido en el curso de la primera centuria y no en el período antonino. La exposición de Philostrato puede sólo interpretarse como indicativa de que Herodes Atico había embellecido o reconstruido el teatro; y una cuidadosa observación mostraba que en realidad había habido una primorosa restauración durante la última mitad del segundo siglo por medio de la cual lo principal del exterior y mucho del interior había sido revestido con planchas de mármol y el escenario había sido decorado con un frente magnífico (y posiblemente sin gusto). Esta condición de suntuosa elegancia duró escasamente algo más que el lapso de vida de su generoso donante, pues poco después fué atacado por el fuego, siendo este lo suficientemente fuerte como para calcinar el mármol y reducir su esplendor a la nada. Se probó de este modo que era falsa una explicación con apariencias de ser cierta y se conoció la verdadera historia del odeón de Corinto por el simple precepto arqueológico de examinar el suelo antes de remover el terreno.

Hace un par de años la Escuela Americana que todavía trabaja en Corinto, descubrió el lugar de un santuario de Asklepios apenas mencionado en ese antiguo Baedeker para los viajeros romanos que el anticuario Pausanias compiló y publicó con el título de *Una descripción de Grecia*. Propenso a ser cauteloso en la información, Pausanias se excede así mismo en su descripción del santuario de Asklepios en Corinto; "Cerca del gimnasio (dice) están los templos de Zeus y de

Asklepsios. Las estatuas de Asklepsios y de Hygieia son de mármol, la de Zeus es de bronce". Como no hay otra mención del sitio en la literatura clásica conocida, eso es todo lo que hubiéramos sabido del asunto, a no ser por la arqueología.

La excavación mostró que el local íntegro había sido destruído sistemáticamente y removidas casi todas las piedras. Los primitivos cristianos parecen haber sido con exceso cordiales y francos en su desaprobación de la ciencia de curar no cristiana de la divinidad pagana. La acusaban de trabajar con ayuda de los demonios e hicieron un asunto de principios religiosos destruir todo vestigio de su pequeño templo y de la columnata circundante en donde los piadosos pero paganos enfermos acostumbraban suspender sus ex-votos por las curas efectuadas o esperadas. Sólo los cortes de los cimientos en la roca de la cumbre de un cerro bajo revelaban el tamaño del templo y el plano y equipo general del santuario. Sin embargo, como por respeto a un nombre romano o presintiendo las necesidades de los anticuarios modernos, dejaron un solo bloque de la superestructura descansando en el suelo frente al templo y en este bloque se leía una dedicatoria pintada que llevaba el nombre,— todavía descifrabable del gran Marco Antonio. No fué él, empero, quien había dedicado el templo, sino dos libertos suyos, quienes sin duda eran figuras importantes de la colonia italiana del Laus Julia, que ocupó el lugar de la destruída ciudad griega de Corinto.

Seguramente, nadie creería encontrar una fecha más exacta para el templo de Asklepsios. Pero el arqueólogo moderno es prudente y pronto vió que la dedicatoria inscrita por los libertos de Marco Antonio estaba pintada en una capa superficial de estuco, la cual yacía a su vez sobre una espesa cubierta que envolvía el arquitrabe de piedra. Y la casualidad de que tanto el arquitrabe como el friso dórico que se hallaba sobre aquel habían sido esculpidos en el mismo bloque, unida al conocimiento de una cosa más bien artificiosa e ilusoria, la evolución del estilo del orden dórico, le dijeron que el bloque era más antiguo que la inscripción y provenía de un templo griego del siglo cuarto antes de Cristo, el cual había sido sólo restaurado y dedicado de nuevo por los romanos. No había en apariencia otro vestigio griego o romano. Pero el excavador no terminó su tarea hasta que hubo penetrado por dondequiera, hasta el lecho de la roca. Y la excavación continuó en efecto, sin preocuparse del hecho de que el santuario yacía sobre sólida roca y que gran parte de esa

roca había sido ya descubierta y que la escobilla y la escoba habían suplido al pico, a la azada y al cuchillo.

En la roca habían cortes circulares que eran las aberturas de profundos pozos y en el fondo de esos pozos se encontraba una extraña colección de brazos y piernas, pies y manos, cabezas, pechos, tórax, ojos, orejas, partes del cuerpo mencionables y no mencionables, de tamaño natural hechos de terracota, todos en fragmentos pero que era posible clasificar y reunir. Y en otras partes, cerca del promontorio de roca sobre el cual yacía el templo, casi todos los yacimientos y huecos del suelo contenían ex-votos de terracota similares, de los antiguos patronos del Asklepeion. Con ellos se encontraron cientos de vasos en miniatura, de dos o tres pulgadas de alto y fragmentos de otra clase de cerámica considerada como corintia y con todo esto se pudo probar que esos extraños cúmulos de desperdicios debían datar como de ciento cincuenta años entre fines del siglo sexto y la mitad del siglo cuarto antes de Cristo.

La historia del santuario era por lo tanto clara. El culto del dios de la medicina Asklepios había sido introducido en aquel lugar cerca del año 500 antes de Cristo. Era el tiempo en que sólo había una moderada prosperidad en Corinto y que marcaba una considerable decadencia con relación al gran período de los tiranos, cuando el comercio corintio había sido importante desde Rodas hasta Sicilia y los alfareros áticos no habían arrojado a sus competidores corintios del mercado occidental. A mediados del siglo cuarto este sosiego en la prosperidad corintia terminó con un nuevo período de riqueza y grandeza política. Fué el tiempo en que se dismanteló el pequeño santuario de Asklepios, anticuado y ya inapropiado y todos los ex-votos de terracota acumulados allí por los enfermos y peregrinos, fueron arrojados. El lugar quedó limpio y se levantó un templo nuevo y mejor. Después de 200 años, este segundo santuario fué destruído cuando el cónsul romano Mummius saqueó y arrasó la ciudad, el mismo año de aquella otra destrucción (no mayor ni más implacable, pero más famosa) de un enemigo de Roma: Cartago. Durante un siglo, Corinto quedó arruinado y desierto. Entonces resurgió nuevamente, se fundó Laus Julia, la ciudad se desarrolló hasta formar una floreciente comunidad, los dos libertos de Marco Antonio restauraron y dedicaron de nuevo el templo helénico. Pero después de otro lapso de tiempo, cuando el Imperio Romano estaba ya vacilante, la ciudad quedó una vez más en ruinas. Alaricó el Godo la capturó y la saqueó. La comunidad que después la re-

construyó por última vez como ciudad importante debía obediencia temporal al emperador de Bizancio y obediencia espiritual al dios de los cristianos, el cual no podía transigir con Asklepios. Lo que los godos habían perdonado, los cristianos lo desmantelaron y destruyeron, sin dejar huella alguna sobre el suelo. Pero en las profundidades de los pozos y en las huecas cavidades de la roca yacían desadvertidas y desconocidas las extrañas basuras del templo clásico primitivo, la masa de miembros rotos de terracota, que nos dió una primera percepción del arte de escultura en arcilla, de la que se sabe que Corinto, desprovisto de canteras de mármol, desarrolló e introdujo en Sicilia e Italia, en donde según toda probabilidad los etruscos la aprendieron y adoptaron.

En el cabo meridional de Atica, las ruinas de un templo hacen frente al mar. Byron como muchos otros vándalos de los siglos dieciocho y diecinueve, grabó su nombre en el suave mármol gris. Miles de turistas visitan Sumium y muchos lo contemplan con los ojos estúpidos de un vagabundo ocasional o con la mejor visión del artista. El arqueólogo, quizá no más apreciativamente, ve con más atención que estos o aquellos. Ve que los escalones de mármol del templo están inorgánica y en apariencia irracionalmente combinados con los bloques posteriores de caliza porosa de diferentes dimensiones en la cual se ha excavado un lecho para los escalones. Ve que los escalones de mármol se hallan sobre bases separadas de la masa principal del templo y que esos cimientos se componen de bloques de construcción mezclados, provenientes de alguna estructura de caliza porosa. Ve que los bloques porosos que se encuentran detrás de los escalones de mármol están cortados como escalones y que la parte superior muestra huellas de haber soportado alguna vez columnas que no fueron las columnas de mármol del templo existente. Buscando, encuentra pieza por pieza, los elementos de este templo más antiguo y nota que fué un poco más pequeño que el templo de mármol actual, y que nunca fué terminado, pues sus columnas no fueron nunca estriadas. Piensa que estaba en vías de construcción hacia fines del siglo sexto antes de Cristo y que por lo tanto fué deteriorado por los persas cuando éstos capturaron y destruyeron Atenas en 480 antes de Cristo, o abandonado por sus constructores como resultado de las mayores ambicio-

nes y los nuevos intereses que se suscitaron en la Hélade a causa de su heroica y finalmente victoriosa resistencia al bárbaro invasor. Ninguna fuente literaria antigua menciona el primitivo templo de Sunium; pero el arqueólogo ha podido reconstruirlo con sus propios ojos.

El mismo huesped persa de quien se presume que puso fin a la construcción de un templo a Sunium, se dirigió hacia Atenas prácticamente indefensa, capturó el Acrópolis arrojando a su puñado de sacerdotes y ancianos y destruyó sus tres principales edificios— un templo de Atenas del siglo sexto, un templo mucho más grande pero inconcluso de la misma diosa, con columnas todavía rodeadas por un andamiaje de madera y una monumental portada de mármol que era la única que permitía la entrada al público a través de las paredes muy antiguas que rodeaban la cumbre de la ciudadela. Poco después, cuando los persas se retiraron— primero a la llanura de Tebas durante el invierno y después de haber perdido la batalla decisiva de Platea, al camino de regreso, enormemente distante, de Babilonia a Susa —los atenienses regresaron de Salamina y de sus barcos a su carbonizada, derruida y saqueada ciudad. Después de haber puesto en orden sus casas y haber reedificado la ciudad y su ciudadela central, encontraron tranquilidad, ambición y dinero para los edificios sagrados en el cerro de Atenas. Cuarenta años después que los persas habían abandonado el Atica para siempre, los atenienses dedicaron un nuevo y espléndido templo: el Partenón. Seis años más tarde, al estallar la guerra con Esparta, la igualmente magnífica Propilea quedó casi terminada, como estaba destinada a quedar para siempre. Plutarco en su *Vida de Pericles* describe el brillo y animación de esos tiempos formidables. Pero ni Plutarco ni escritor alguno antiguo nos refiere realmente la historia del Acrópolis de Atenas entre las guerras médicas y las del Peloponeso. Corresponde al arqueólogo rehacer esta historia. Trataré de exponer semeramente cómo ha ejecutado su tarea.

Los cimientos del Partenón están descubiertos en su lado occidental. La tierra alguna vez escondía el lecho de roca y cubría la base de la estructura de piedra más tosca, hasta la primera línea de

mármol que se halla inmediatamente debajo de la grada más baja del templo. Hoy, un hecho que ningún ojo de la gente antigua pudo percibir se manifiesta a todos los transeuntes: los cimientos no son de construcción homogénea, sino muestran algo así como una plataforma más estrecha que se ha extendido por medio de bloques adicionales. Se infiere que se emplearon de nuevo los primitivos cimientos y se extendieron para acomodar sobre ellos un edificio más amplio. En suma, aquí como en Sunium han habido dos templos y debemos hablar de un Partenón primitivo y de uno posterior (o del tiempo de Pericles).

Igualmente visibles para los transeuntes antiguos y modernos, son los tambores de las columnas dóricas incluidos en el material desechado, usado en la pared que rodeaba el Acrópolis. Una antigua pared de fortificación está normalmente construída de bloques especialmente cortados,— “poligonales” en el siglo sexto antes de Cristo, macizos “isodómicos” en el quinto, más ligeros “ashlar” en el cuarto y tan grosero sustituto en Atenas, el centro del ergotismo arquitectónico reclama cierta explicación especial. ¿Fué apuro? ¿Fué el avance persa inminente y todo bloque de piedra aprovechable movido a un sitio como barrera contra el bárbaro y hasta los templos desmantelados por esta necesidad? Los tambores de las columnas no estaban estriados salvo algunas pulgadas de la parte baja, en donde las estrías están indicadas y muestran toscas protuberancias o ménsulas de donde las cogían para colocarlas en su sitio; y el mármol muestra indiscutibles huellas de deterioro por el fuego. Esta es una clara evidencia de que el templo del que fueron extraídos se hallaba inconcluso. Las columnas habían sido levantadas, pero no habían sido estriadas todavía; el daño causado por el fuego pudo provenir de una conflagración en el andamiaje de madera que rodeaba las columnas. El templo debió, por lo tanto, haber sido incendiado por los persas, y los atenienses después de la partida de aquellos desmontaron los tambores y los rodaron hasta su sitio en la pared. En ese tiempo no podía haber necesidad alguna de un apuro frenético. Debajo del sitio en donde se extienden las fortificaciones del Acrópolis y se incluyeron esos tambores y ciertos otros bloques de edificios despreciados, estaba situado el nuevo mercado o plaza pública de Atenas. De cualquier sitio del que los atenienses miraran la ciudad la que estaba sobre ellos, habrían visto estos extraños y notables recuerdos del peligro persa. Las tradiciones de cua-

tro siglos nos dicen que en el campo de batalla de Platea los griegos reunidos prometieron nunca reconstruir los santuarios destruidos por el invasor persa, sino dejarlos como eterna memoria de la barbarie oriental y del triunfo helénico. No fueron exigencias de tiempo ni escasez de material, sino resolución deliberada de los victoriosos atenienses lo que puede expresar mejor la presencia de estos tambores de columnas en la pared norte del Acrópolis.

¿Pero de dónde tomaron las columnas? No del templo arcaico de Atenas del que tendré ocasión de hablar dentro de un momento; por su tamaño están desproporcionadas con esa estructura relativamente pequeña, algunos de cuyos tambores además existen todavía y son de piedra porosa y no de mármol. Deben provenir, entonces, del único templo de gran tamaño en el Acrópolis, del antiguo Partenón, cuyos cimientos hemos descubierto dentro de la amplia plataforma básica del actual Partenón. Posteriores investigaciones demuestran que además de estos tambores de columnas están también cimentadas en la pared norte del Acrópolis varias series de bloques de escalones: en la pared, debajo de los tambores hay caliza, mientras que encima de ellos hay bloques de mármol. Estos parecen provenir del mismo sitio que los tambores; sin embargo, cuando se les toma en cuenta y se les asigna su posición propia original, el templo resultante es todavía más exiguo que los estrechos cimientos del Partenón anterior a Pericles. Y esos cimientos no fueron hechos fácilmente ni por casualidad, para que tal discrepancia pueda desecharse como un asunto que no ha existido. Por el contrario, las mismas listas de estos cimientos que nuestro antiguo templo reconstruido no llega a cubrir, se extienden en veinte hiladas de piedra más de treinta pies bajo el suelo hasta el lecho de roca del cerro del Acrópolis. Es imposible suponer que estos primorosos y costosos cimientos hayan sido construidos especialmente para este templo tan estrecho. Debe haber existido un proyecto más antiguo, algún gran templo arcaico de caliza, el cual fué sustituido por un proyecto menos vasto pero más suntuoso (porque se trataba de mármol) (2).

Así la Historia del Partenón emerge a través de la investigación arqueológica como ningún historiador ni escritor antiguo que se co-

noce la ha apuntado. Detrás del Partenón de Pericles vemos con claridad en sus más amplios diseños, el templo que estaba en vías de construcción cuando los persas capturaron y saquearon Atenas; y detrás de este, oscura e incierta, alguna gran empresa de Pisistrato o de sus hijos, abandonada como ese otro gran proyecto de Pisistrato, el templo colosal de Zeus en el extremo inferior de la ciudad.

No hemos agotado aún el material arqueológico de los diferentes restos de las primitivas estructuras levantadas dentro de la gran pared de defensa que rodea el Acrópolis. En la pared del sur hay algunos bloques del arquitrabe que no se adaptan a ninguno de los cimientos del Partenón. Y cuando toda la superficie del Acrópolis fué examinada y desembarazada en las campañas sistemáticas del último siglo, se añadieron otros detalles a estos arquitrabes y ciertos triglifos y metopas en la pared norte, todos los cuales se adaptaban exactamente uno a otro como partes de un solo templo de estilo arcaico y de tamaño no muy grande. Así, pues, debió existir otro templo en el Acrópolis, además del Partenón, quizá el santuario del primitivo culto de Atenea, al que se pensó que podía suplir al Acrópolis pues sería inconcebible que Atenea no haya poseído un templo en su propio cerro desde los períodos más remotos. Y en efecto, ese templo está mencionado claramente en una famosa inscripción de fines del siglo sexto. ¿Pero dónde estuvo situado?

En 1885 Dorphfeld descubrió sus huellas cerca del Pórtico de las Mujeres del Erechtheum y rehizo sus planos. Pero su historia es por completo inesperada, pues el templo parece no ser de fecha uniforme sino que tiene como núcleo un santuario más antiguo en torno al cual se añadió posteriormente una columnata para que su estructura fuera más impresionante. En este caso, naturalmente, este templo interior y más antiguo, si una vez estuvo aislado y se bastaba a sí mismo debió en un principio tener su propio alero; pero cuando se añadió la columnata debió construirse un techo nuevo completo sobre toda la estructura en su forma así aumentada. La prueba de que el templo ha pasado por esas dos fases es en extremo simple. En primer lugar, los cimientos del templo interior difieren en materiales y en ejecución técnica de aquellos de la columnata circundante, mostrando que no fueron de construcción contemporánea. Segundo, el arquitrabe actual, friso, cornisa y canales de mármol del techo de una estructura independiente y del tamaño del templo interior, incluido con esto bloques del alero con notables dibujos arcaicos tallados de cigüeñas volando

en sus lados inferiores, se hallan entre los bloques mezclados a que nos hemos referido tan repetidas veces y que forman parte de las paredes del Acrópolis o están desparramados en el piso de la cumbre. Se ha encontrado hasta la decoración escultural de los aleros y de los pequeños frontones en cada extremo del edificio. Todo esto debió desmantelarse cuando se añadió la columnata exterior; tan notable fué el cambio de tamaño que sólo las paredes desnudas y el piso del pequeño templo antiguo pudieron aprovecharse para la nueva estructura. Cuando los persas capturaron Atenas, el edificio íntegro parece que fué destruído.

Precisamente aquí nos encontramos con el más espinoso problema de la topografía ateniense. No es concebible que durante los cuarenta años transcurridos entre la destrucción llevada a cabo por los persas y la dedicación del gran Partenón nuevo, no hubiera santuario de Atenea en el Acrópolis. Nos imaginaríamos que el templo arcaico debió ser reedificado por lo menos temporalmente mientras el Partenón se construía. Pero el Pórtico de las Mujeres del Erechtheum está edificado en el extremo norte de la columnata de este antiguo templo; y como este pórtico fué erigido durante la guerra del Peloponeso, el antiguo templo debió ser desmantelado de nuevo en cuanto el Partenón quedó terminado. Pero en este caso ¿cómo es que tantos de sus bloques originales— columnas, arquitrabe y friso perduran en la pared del Acrópolis al punto de que parece que en realidad fué construído inmediatamente después de la partida de los persas? Seguramente los atenienses habrían usado estos bloques en vez de buscar otros nuevos (cuya completa desaparición habría también de explicarse). Las evidencias históricas y epigráficas nos presentan nuevas dificultades. Todo el problema es tan intrincado y tan técnico que nada se ganaría con una simple relación, por necesidad demasiado breve para ser profunda o aún muy inteligible. Pero en un estudio reciente y exhaustivo (3) de todos los hechos y materiales en apariencia contradictorios, Dinsmoor ha demostrado que hay un hilo a través del laberinto y que por métodos arqueológicos estrictos ha reconstituído la historia de este templo tan desconcertante. Ninguna parte de la columnata circundante pudo ser re-

hecha después de su destrucción por los persas. De la estructura interior sólo la parte posterior fué reconstruída, porque esto sólo era indispensable, pues contenía los almacenes del tesoro del Estado Ateniense. El Partenón copió exactamente el plano esencial del antiguo templo, asignando su porción oriental a los propósitos del culto y su lado occidental para servir como una tesorería muy segura. Tan pronto como quedó listo el Partenón, no se necesitaron ya los almacenes refaccionados de la mitad posterior del antiguo templo y se hicieron desaparecer. Una nueva imagen colosal de Atenea, de treinta pies de alto y con aplicaciones de marfil y oro reemplazó convenientemente la antigua y tosca imagen de la diosa, que según toda probabilidad fué de madera y debió ser sepultada o transportada por los atenienses a la isla de Salamina cuando abandonaron su ciudad ante el avance de los persas. Ignoramos como la colocaron después, si bajo un simple dosel o en alguna construcción provisional, hasta que el Erechtheum quedó concluído; pero cuando este edificio estuvo suficientemente avanzado, la antigua imágen fué reinstalada en la parte oriental. De este modo el antiguo templo pudo desaparecer de los ojos de los hombres y poco después de su memoria y sólo el Partenón y el Erechtheum dominaron el Acrópolis como sucede hasta hoy.

Mientras se construía el Partenón y aún el día en que fué finalmente dedicado en una ceremonia sin duda de gran magnificencia, las procesiones que subían al cerro de Atenea continuaron ascendiendo por el mismo sendero empinado y tortuoso como en los días de Hiparco el Tirano y debieron atravesar la misma portada de mármol poco imponente —aunque de ningún modo desprovista de hermosura— de simple forma, por la cual habían pasado cerca de un siglo, los adoradores del santuario de Atenea. Aunque los persas según toda presunción ocasionaron considerables perjuicios en ella, la portada pública del Acrópolis no pudo quedar en ruinas cerca de cincuenta años, hasta que Pericles por medio de su arquitecto Mnesikleó comenzó por fin la espléndida portada que todavía llamamos por su antiguo nombre: la Propylea. Debió, por lo tanto, haber sido restaurada en forma tolerable. Pero a medida que se elevaron las columnas del Partenón, debió aparecer más manifiesto el hecho de que la antigua puerta del Acrópolis era pequeña e inadecuada. En tamaño y en estilo, el antiguo templo y la antigua portada estaban

en armonía; pero el gran Partenón nuevo demandaba una entrada nueva y mejor. Apenas quedó terminado el templo se comenzó la nueva Propylea. Antes de transcurrir seis años, quedaron terminados— o más bien casi terminados, como estaban destinados a quedar para siempre. La investigación arqueológica ha puesto indiscutiblemente en claro que la portada del Acrópolis de Pericles sugiere un plano aún más grandioso que nunca se llegó a realizar. El edificio terminado representa actualmente la mitad del proyecto original, en el sentido de que de cinco partes componentes, sólo dos y media fueron eregidas.

No existe registro antiguo conocido de donde se pueda extraer alguna información. Es íntegramente una contribución arqueológica y como tal merece clasificarse entre los más ilustrativos e interesantes ejemplos del método arqueológico.

La Propylea vista desde el Partenón se asemeja a un próstilo dórico flanqueado por dos alas desiguales unidas cerca de su extremo más distante. Este elemento central, quedó completado con dos magníficas portadas de columnas dóricas y una doble fila interior de columnas jónicas más delgadas, que soportan un techo con exquisito artesonado de mármol. Aunque está ahora en ruinas, muestra por dondequiera evidencia del último toque de quienes lo construyeron— por dondequiera, es decir, excepto en el exterior de sus paredes, en donde toscas ménsulas debajo de las cuales se colocaron las tenazas para suspender las piedras a su sitio, no han sido jamás cinceladas. Un examen más detenido muestra que se dejó inconcluso mucho más que el simple revestimiento final de la superficie. En la parte alta de la pared corre una moldura horizontal que no tiene significado como decoración exterior y sólo puede marcar el nivel a que debió llegar el techo. Sobre esta se hallan en cierto punto las incisiones para las largas maderas de una parhílera y cerca de estas las indicaciones de la rampa para un techo. Finalmente, hay una pilastra externa adherida que reclama una fila de columnas y están allí los cimientos preparados para esas columnas. Sin embargo hay indicaciones igualmente claras de que esos preparativos nunca llegaron hasta su esperado cumplimiento: el sitio en que se proyectó que estuviera una ala cubierta y con columnas en el frente del Erechtheum quedó vacío como aparece hoy.

La Propylea se hallaba todavía en vías de construcción cuando estalló la guerra del Peloponeso. ¿Fue la excitación y la pobreza de una ciudad fortificada lo que detuvo abruptamente estas ambiciones de arquitectura? Quizá. Pero si consideramos la correspondiente ala inconclusa del sur, encontraremos que su terminación hubiera implicado una seria intromisión en el dominio de Brauronia Artemisa y la destrucción de una pared muy antigua que defendía el Acrópolis en tiempos muy remotos, la cual como testimonio de su antigüedad llevaba el epíteto de "pelásgica" por el que parece haber sido conocida en general. Más adelante hay dos alas más pequeñas frente a la subida del Acrópolis y en estas se encuentran condiciones igualmente notables de la cuestión, pues aunque el ala del norte estaba terminada y se usaba como sala pública o museo de pinturas, el ala del sur estaba desmantelada y reducida a menos de la mitad de su propio tamaño. Aquí también la antigua pared pelásgica detenía el avance del arquitecto y también un edificio terminado habría significado una seria invasión del dominio de un dios, esta vez sobre el territorio de la Victoria, cuyo altar y santuario se hallaban muy cerca.

Un magnífico plano fue así miserablemente mutilado, en parte quizá por el estallido de una gran guerra, pero con más probabilidad estorbado por los sacerdotes de los santuarios vecinos de Artemisa y la Victoria. ¿Quién o qué cosa se escondía detrás de los sacerdotes— mero conservadorismo y piedad, recelos personales o presión política del partido popular que deseaba contrariar y derribar al autocrático Pericles? La cuestión nos lleva fuera del campo de la arqueología, fuera del mundo material de la observación de la arquitectura y de la inferencia técnica para llegar a las combinaciones especulativas de la historia política. No aventuro una respuesta a la pregunta, precisamente porque trato de ilustrar los métodos del arqueólogo.

Aquellos que suben al Acrópolis en nuestros días, pasan primero a través de una entrada monumental del tiempo de los romanos, situada al pie de un largo tramo de modernos escalones que insinúan la imponente apariencia de la portada en el último período clásico. Pero

cuando Platón o Demóstenes ascendían el cerro, atravesaban un paso menos pretensioso que se extendía a través de la roca desnuda y conducía inmediatamente debajo de la alta torre a modo de bastión en donde se encuentra el pequeñísimo templo jónico de Victoria Atenea. Si hubieran mirado hacia arriba desde el sendero tortuoso, fatigante y probablemente muy desigual, hubieran visto que el exterior del bastión que se hallaba sobre ellos estaba coronado con un friso exquisitamente esculpido cuyas losas de mármol sostenían una barandilla de barrotes de metal como una barrera para aquellos que holgazaneaban encima del bastión cerca del pequeño templo de la Victoria.

En el curso del último siglo, durante el cual Grecia se convirtió en nación libre de nuestro mundo moderno, los fragmentos rotos de este parapeto esculpido han salido lentamente a la luz. Hoy en el Museo del Acrópolis hay partes de muchas de las losas, pero en general tan mutiladas que en la actualidad no se puede decir que ha perdurado más de la tercera parte del parapeto original. Los temas representados por el labrado son consistentes y uniformes: victorias aladas que decoran los trofeos con armaduras de los muertos, vacas llevadas al sacrificio o formando un séquito ante el altar. Aquí y allá Atenea sentada parece interrumpir o dirigir la acción.

El problema arqueológico evidente es el de asignar a los fragmentos sus posiciones correctas y reconstituir la materia del sujeto y el esquema de composición del conjunto. Los elementos para la solución de este problema son muy diversos y proporcionan un ejemplo ideal del método arqueológico.

Las losas del parapeto tienen en su mayor parte largo igual, cerca de cuatro pies, y estas secciones normales no admiten una variación de más de unas pocas pulgadas. Hubo, sin embargo, bloques en las esquinas de tamaño y forma desigual. Para mayor estabilidad, las losas fueron aseguradas en la albardilla de mármol del bastión que se hallaba debajo de ellas, por medio de clavijas de metal y las aberturas para estas se han conservado en la base de algunas de las losas del parapeto, así como en la albardilla del bastión siempre que no hayan sido desplazadas. Las ligeras variaciones en el largo de las losas debieron coincidir con la desigualdad igualmente ligera del espacio entre los huecos de las clavijas de la albardilla. Pero como muchas de las losas están fragmentadas, de manera que su largo exacto original es problemático este método de cálculo podría ser vano si no fuera por una segunda se-

rie de aberturas, esta vez en el extremo del parapeto, las cuales reciben las varillas verticales de la barandilla de metal. Estas se hallan exactamente espaciadas, con un intervalo de cerca de seis pulgadas, de manera que no existe irregularidad o desviación alguna.

Cualquier losa o porción de losa si estuvo asignada a una posición definida, debe coincidir con los intervalos de la barandilla de arriba y con los intervalos de las clavijas de abajo. Además, el agua de lluvia que se juntaba en el bastión detrás del parapeto, escapaba a través de pequeños cortes semicirculares en la base de algunas de las losas y es muy posible que esos canales para el agua estuvieran espaciados con uniformidad y colocados simétricamente, de manera que debe hacerse otro cálculo al asignar las losas a sus posiciones. Aún más, ciertas losas pueden sin ninguna duda atribuirse a la sección corta del parapeto que domina los escalones occidentales del pequeño templo en el mismo extremo del bastión. Tales losas tienen un corte indicador en su parte de atrás en donde se cortó el mármol para adaptarlo al escalón. Algunas otras losas pueden asignarse a la sección del norte por la observación técnica de que el enclavado aquí se empleó en el lado opuesto del bloque que se encontró fuera del parapeto. Y lo último de todo, el examen de la escultura, demuestra que trabajaron seis artistas diferentes; y la observación de que el trabajo de estos maestros se agrupa invariablemente como si cada uno hubiera contribuido a una distinta sección del parapeto da una clave final para asignar hasta los pequeños fragmentos desprovistos de cualquier indicación técnica respecto a su posición original. La composición y tema de todo el friso emerge, por fin, con todas las piezas en su respectivo sitio. Así como los elementos que faltan en la famosa tabla química de posos atómicos, es posible ahora profetizar el sujeto y estilo de las porciones que todavía faltan en el parapeto, de manera que cualquier fragmento que se encuentre en el futuro puede inmediatamente ser colocado en su sitio.

He presentado media docena de ejemplos de investigación arqueológica; en cada uno de ellos han salido a luz hechos completamente nuevos, que nunca hubiéramos podido conocer si no fuera por la arqueología. Todos los ejemplos se han tomado del campo de la arquitectura; pero la información que se deriva de ellos fué algo más

que detalles técnicos acerca de la arquitectura de ciertos monumentos. Se puede demostrar que la fecha de introducción del culto de Asklepios en Corinto, fué anterior que en Atenas o en Epidauro; y la destrucción metódica del lugar por los cristianos hace luz acerca de la extinción del culto. En Atenas el más antiguo Partenón nos da un indicio mejor de la prosperidad y ambición arquitectónica de la época de los tiranos, mientras que la extraña historia de la Propylea nos ayuda a comprender la amargura del sentimiento político durante la dominación de Pericles y muestra que ni aún el magnífico y costoso Partenón bastó a las sorprendentes ambiciones de arquitectura de una edad en que la repentina ascensión a la riqueza coincidió dichosamente con una repentina madurez de las facultades artísticas y de la propia conciencia nacional. Esa información tal como nos la da aquí la arqueología se halla al mismo nivel que el texto de Herodoto y de Tucídides, como fuente de conocimiento de la Atenas del siglo quinto.

Pero al tiempo de leer esos historiadores, tanto por los hechos materiales que encierran como también por el placer imaginativo de los cuadros que evocan, los consideramos de hecho como historia y literatura; de igual manera estos descubrimientos arqueológicos pueden considerarse que comprenden hechos y fantasía, datos históricos objetivos y más belleza arquitectónica subjetiva. Hemos logrado reconstituir no sólo la historia de los edificios del Acrópolis durante el siglo quinto; hemos reconstituído los edificios mismos.

Hay así, pues, por lo menos dos etapas en el acceso de la arqueología a la antigüedad. La primera es lo más científica posible, depende de la observación exacta y de la inferencia estrictamente coordinada, es un intento objetivo e impersonal para combinar todos los hechos materiales aprovechables y formar una unidad material más amplia, más completa y total. Actualmente perduran astillas y fragmentos del mundo antiguo. ¿Cuánto de la condición material y de la apariencia de este antiguo mundo puede recuperarse por medio de estos fragmentos? Esta es la tarea que marca el primer paso en el acceso a la arqueología. Pero más allá de esta fase puramente científica, aparece otra más oscura y menos definida que se puede caracterizar mejor por medio de una analogía.

Desde la caída de Constantinopla en 1453, cuando la tradición viviente griega de Bizancio se dispersó y se trajo a Italia el conocimiento de las letras griegas, los eruditos europeos reunieron, compi-

laron y compararon los manuscritos de los autores antiguos, tratando de encontrar un verdadero texto para cada libro sobreviviente. El mundo moderno está sólo moderadamente interesado en la versión particular de Platón que se conservó sin leer en los armarios de un monasterio medioeval bizantino, pero da mucha importancia a la versión que cierta mente ateniense maravillosa creó como cuatrocientos años antes del nacimiento de Cristo. Recuperar este Platón primitivo y encontrar de nuevo y por completo el verdadero texto, es un ejercicio y disciplina que exige una gran destreza filológica, sensibilidad literaria, familiaridad con la manera de pensar y de expresión de los antiguos y en especial de Platón junto con una segura comprensión de los enredos técnicos de la transmisión de los textos y de la corrupción de esos textos. Pero supongamos que al fin se haya recuperado el texto verdadero y completo de Platón; tenemos el libro, falta todavía leerlo. Después del filólogo espera el filósofo y el esteta.

En forma aún más convincente, en la arqueología después del científico espera el humanista. Si los fragmentos materiales del mundo antiguo que han perdurado se han reunido y colocado uno junto a otro correctamente, de manera que por medio del estricto razonamiento lógico, lo mucho que falta se deduzca de lo poco que existe, ¿qué uso final podemos hacer de esta penetración tan difícilmente adquirida, de las actualidades materiales de la antigua civilización? Después de todo, la ciencia de la arqueología estimada sólo como un método científico, puede operar igualmente bien sobre cualquier cultura menos importante y de segunda clase. Con seguridad que no fué por mero accidente que la arqueología surgió al principio como arqueología *clásica* y se ocupó primero de la antigüedad de Grecia y de Roma. ¿Debo esto descartarse como un accidente sin importancia? Debe ignorarse el valor humanista de la arqueología y considerarla a esta como simple perfección de una disciplina científica? Si es así ¿qué aprovechará entonces a un hombre el haber resucitado un cuerpo del antiguo mundo si ha perdido su espíritu?